

LA VIDA CONSAGRADA

UNA FORMA DE VIDA SIN FORMA¹

La vida religiosa es “una forma de vida” cuya peculiaridad descansa en el hecho de carecer de una forma fija y determinada que la concrete definitivamente. Más bien lo que la caracteriza es esa ausencia de definición estática, esa necesaria variabilidad que procede de su deber ser vivida “**al aire del Espíritu**” en un **continuo discernimiento** que la flexibiliza necesariamente y que exige de ella una gran capacidad de adaptación a los lugares, a los tiempos, culturas donde ha de encarnarse, a las necesidades, vacíos, heridas... de aquellos a los que ha sido enviada. Es la condición de quien se vive como “**un cuerpo para el Espíritu**” en el doble registro “individual” e “institucional”.

Hemos sido durante siglos consagrados para vivir una “**forma de vida**” muy precisa, con unas reglas muy bien estipuladas, con unas estructuras firmes y sólidas que nos han sostenido... dándonos cierta seguridad y otorgándonos una visibilidad clara para el resto del mundo, que nos interpretaba como “signo” o “testimonio escatológico”. Esta visibilidad, estas estructuras y las tareas concretas en las que se desarrollaba nuestra misión, nos daban tanto “*ad intra*” como “*ad extra*” una identidad clara.

Pero si la Consagración Religiosa no es simplemente una invención de una forma humana de vivir el seguimiento a Cristo, si tras ella hay un don del Espíritu y una iniciativa del Dios que nos convoca y llama, entonces no deberíamos pasar por alto demasiado rápido las consecuencias que se siguen del ser “*un cuerpo para el Espíritu*”.

En primer lugar tomar conciencia de que es el Espíritu el que define al Cuerpo, el que lo forma y lo va conformando... No el cuerpo el que define cómo y cuándo ha de llegar el Espíritu, qué ha de hacer... y cómo nos ha de posibilitar una forma que previamente nosotros hemos decidido y consensuado.

Es posible que algunos pretendan argumentar en contra que la forma de la VR está clara, que lo nuestro es seguir más de cerca a Cristo según los consejos evangélicos, es decir, que lo que el Espíritu hace es cristificarnos, darnos esa forma que nos permite ser memoria viva de Cristo. ¿Qué decir

¹ Una versión ampliada y desarrollada de este tema aparecerá en la revista CONFER próximamente.

ante esto? Pues tal vez que “*si y no*”, simultáneamente. Dependerá de qué estemos entendiendo por esa forma Christi, y de cómo estemos pensando los consejos evangélicos.

Cuando hablamos de “***una forma de vida sin forma...***” no nos referimos ni a un cuerpo “deforme”, ni “a-forme”... sino tratamos de transmitir la idea de que no hay una forma fija que debamos de buscar para sustituir la antigua, que lo “peculiar” de la VR pasa hoy para nosotras, en este momento histórico, por ser capaces de *resistir en fe, esperanza y amor...* sostenidas por la confianza en Dios, con paciente esperanza y desviviéndonos en el amor, este ***no saber, no poder y no poseer*** la respuesta definitiva, ni la forma estática sobre la que reposar y descansar nuestra consagración. Es decir, abrazar con gozo y convicción el tener que vivir alerta, despiertas, en constante y continua búsqueda, mirando hacia arriba e interrogando al Espíritu sobre cada paso, cada decisión cada una de las formas temporales que hemos de ir adquiriendo para dar respuesta a los retos de nuestro mundo, desde la situación concreta que tenemos, con las riquezas y las carencias con las que contamos, fiadas de que el Espíritu no nos negará su luz, y su empuje... en la dirección que desea que seamos movidas.

Así pues, hemos de situarnos en este tiempo como en un tiempo de búsqueda, tiempo de espera, tiempo de escucha y de una radical atención amorosa para detectar indicios, señales, guiños del Espíritu que nos orienten hacia una forma que se promete cambiante, no definitiva, sin unos perfiles demasiado claros... Lo que se nos pide hoy es una existencia exodal, en camino, en salida, sin detenernos, sin descanso, sin justificaciones, centrada y atenta al Dios que nos guía y que nos dirige, tal vez, hacia donde nosotros no queremos, pero que en el camino nos da el alimento cotidiano, la fuerza para el siguiente paso, pero –como al pueblo de Israel con el maná en el desierto– tampoco a nosotras nos es permitido guardar nada. Un camino “con otros”, como parte de un mismo pueblo, donde la llamada específica que recibimos es a sostenerlos en la confianza, en la esperanza y en el amor.

La VC tiene que ver con la forma que cada cristiano ha de dar en su propia vida a la común vocación a la santidad, a la común consagración recibida del Bautismo, y aún más, podríamos decir que a la común llamada al seguimiento e identificación con Cristo. Pero que la forma de vida del Consagrado se caracterice justamente por carecer de forma, nos habla de

estar abiertos a una gran **disponibilidad**: la de recibir esa forma... , sabiendo que nunca es la definitiva y que una y otra vez habrá de ser hecha y rehecha.

Con una peculiaridad: la exigencia de *una total indiferencia* que permita que sea el Espíritu de Dios el que le otorgue esa forma, a través de las "*mediaciones*" *carismáticas* o *institucionales* en las que la vida de cada cual se desarrolla y en orden a la misión.

Una forma que, en definitiva, tiene que ver con la misión y que siempre será conformadora "con Cristo" y "en Cristo", de quien el consagrado está llamado a ser "memoria viva". Una forma que es obra simultáneamente del Espíritu que se nos infunde en la Consagración, como ese modo particular de santificación que conviene a nuestro estado, y que habrá de articularse con el don carismático recibido para la edificación de la Iglesia; y del Hijo que nos invita a participar en su vida, destino y misión, y así conformarnos a Él.

La consagración nos conduce a un "*estar con Cristo*" tan radical que somos llevados directamente a la frontera, al no-tener-un-lugar (falta de forma) "donde reclinar la cabeza" (Mt 8,20). Se pone de relieve nuevamente esta *forma de vida sin forma*, que no permite ni tan siquiera la seguridad que proviene del "sitio concreto", porque se trata de estar fuera de toda seguridad humana en el mundo, en lo que desde el mundo podría llamarse un "*no lugar*", un afuera (Hb 13,12-12).

Por otra parte ese "no-lugar", que se antoja imposible, en el que vivir el "*estar en el mundo*" (Jn 17,11) "*sin ser del mundo*" (Jn 17,14) solo es perceptible desde la fe y el seguimiento mismo: "el que quiera servirme que me siga y allí donde yo esté, estará también mi servidor" (Jn 12,26), y en cierto sentido es un lugar creado mediante el envío: "como el Padre me envió os envío yo también" (Jn 20,21). Y a su vez "el poder estar en el lugar del envío está condicionado, por el radicalismo del dejarlo todo" (H.U.von Balthasar).

Este "*lugar – no-lugar*" de la entrega de todo, establece la condición de posibilidad de abrirse a una esperanza sin límites, hasta el punto que será tarea específica del consagrado la de "*esperar por otros*"... la de responsabilizarse de alguna manera de la desesperanza de sus hermanos. Porque no desde todos los lugares y desde todos los contextos es posible

abrirse a la esperanza. En este lugar –sin lugar nos sitúa **la pobreza** que es la puerta de entrada a esta forma de vida sin forma, y donde, de alguna manera están ya incorporados los otros dos radicales inseparables de ella (**castidad y obediencia**).

Es el Espíritu el que nos consagra, el que nos santifica dotándonos de esa gracia particular que precisamos para la misión a la que somos destinados y para la forma de vida a la que somos llamados, pues “*en la misión que cada uno recibe está esencialmente enraizada la forma de santidad que le ha sido dada y que a él se le pide*” (H.U. von Balthasar).

Es el Espíritu el que nos acompaña y guía. Es el Espíritu el que fecunda en nosotros la vida del Hijo para que nazcamos en él, según él. Él es quien nos cristifica, el que imprime en nosotros la marca de consagradas a Dios en una *forma de vida que quiere ser memoria de Cristo pobre, obediente y virgen...* pero que lo es en una forma específica: esta forma de vida sin forma.

La imagen por excelencia de esta condición “sin forma” que mira a *la participación en la forma del Hijo*, se me antoja que es la del “*grano de trigo*”.

Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda él solo; pero si muere, da mucho fruto. (Jn 12,24)

“*Como el grano de trigo*” que ha de perder la forma, deshaciéndose en la tierra, para ser fecundo, pues sólo al quedar sin forma, y en tanto que se descompone en ella, puede ir plasmándose la vida nueva que de él brota con una nueva forma, así también la Vida Consagrada.

Si hemos sido llamados a configurarnos con la “*forma Christi*” desde los “*consejos evangélicos*”, esta forma no puede ser otra que la “*forma Servi*” (Flp 2,7; cf. Mt 20, 27-28), que el consagrado ha de vivir como amor servicial que como *levadura desaparece en la masa* a la que es enviado: *el mundo y la Iglesia*. Y como *grano de trigo* ha de perder su forma original, para ser fecundo y posibilitador de una vida nueva con una nueva forma. Von Balthasar lo explica bellamente al reconocer que “la fuerza de la forma de Cristo está en la falta de forma del grano de trigo que muere y se pudre en el *humus*, que no resucita para sí sino para la espiga (Jn12,24;

1Cor15,36.42-44)². Pero además, este grano sólo será capaz de una genuina fecundidad que da forma si no se enquistaba en una forma particular ilusoria. Si el grano se aferra a su forma, si se resiste a perderla y no la sacrifica como forma particular, como forma de paso, en una entrega radical de su vida, según el modelo de Cristo, al final se condena él mismo a la esterilidad.

El pudrirse del grano de trigo, nos habla de la pérdida, en cierto sentido, de su naturaleza, de su esencia. Y sin embargo, esta pérdida es la condición de posibilidad para su plena realización, para llegar a ser lo que realmente es.

“No hay otro camino para la consagración sino el de asumir este diálogo eterno que vida y muerte mantienen desde los orígenes de la creación. En un mundo donde todo y todos nos predisponemos para ganar, un grupo de mujeres y hombres, que amen su pobreza y la agradezcan, pueden ofrecer un mensaje que es *prepararse para perder*”³

Sin duda, el ser despojado de **la propia forma** es una pérdida, pues supone la entrega de lo que se es, pero en definitiva sólo esta merma permite la consumación de sus posibilidades, de su finalidad, la ganancia de su verdadera esencia, en último término.

El que ama su vida la pierde; y el que aborrece su vida en este mundo, la conservará para vida eterna (Jn 12, 25).

Algo así pasa con la VC. La llamada a ser *una forma de vida sin forma*, nos recuerda que toda forma adquirida es siempre un momento de paso que posibilita la entrega de la vida, un estar dispuesto a perderla, justamente para poder ser fecunda y realizar su misión y su esencia.

Nada de esto es novedad. Bastaría una mirada rápida por la vida de nuestros fundadores para poder comprobar cómo esta dinámica del grano de trigo no falla, y cómo las formas concretas de VR más fecundas en la Iglesia han brotado y rebrotado de granos de trigo que caen en tierra y mueren. Santa Rafaela M^a es un ejemplo más que luminoso en este

² H. U. von BALTHASAR, *Solo el amor es digno de fe*, Sígueme, Salamanca 2004, 125-126.

³ L. A. GONZALO DIEZ, “Hacia un nuevo paradigma: asumir la incertidumbre”: *Vida religiosa. Monográfico. Año de la Vida Consagrada* 116/5 (2014) 14 (462).

sentido, y junto a ella ¡tantos otros! Que también murieron abandonados, solos, descreídos incluso de los suyos.

Se ha hablado mucho en el comienzo de este año dedicado a la VC de la belleza de la Consagración. Ser llamados a vivir una forma de vida sin forma, por existir pendientes del Espíritu y dejándonos moldear y dirigir por Él, por hacernos con Cristo –como el grano de trigo– cuerpo que se entrega y pierde su forma, es bello. Es bello, porque es verdadero, y sobre todo es bello, porque la auténtica belleza es la forma expresiva del amor hasta el extremo. Es bello con la belleza de la Cruz, lo cual no le quita ni la dureza, ni el sufrimiento, ni lo que tiene de muerte. Pero esta belleza atrae y convence, fundamenta y peculiariza.

Nuestra tentación es muchas veces la de pretender una metamorfosis estéticamente bella, a poder ser rápida y exitosa, y la Cruz no es así, esa ni es su belleza, ni su victoria. Tampoco es esa la forma de la Vida Consagrada y menos aún el rasgo que particulariza nuestra vida como Esclavas:

“es preciso que el grano muera para que después sea fecundo, y cuanto más profundo, mejor, más arraigado”
Santa Rafaela M^a, EE 1805

Nurya Mtz-Gayol, ACI
Universidad Pontificia Comillas